

Juan Antiga

Por Pedro Portuondo Calá

En ese ángulo espiritual de la ciudadanía, libre de la tortura del materialismo que todo lo inunda, como de lo común o polémico, florece hoy en las ternuras del alma, el recuerdo que ha de ser imperecedero, de un cubano ilustre que ganó honda estimación pública y particularmente entre las clases populares del país, por el cultivo permanente y

fervoroso de su humanismo; el doctor Juan Antiga Escobar, el aniversario de cuya ausencia conmemoramos mañana.

Antiga conquistó, sin proponérselo, las simpatías y el afecto del pueblo, con el desdoblamiento cotidiano y sin tarifa, de su filosofía simplista frente a la vida que hicieron de él un hombre de generosidad sin límites y de una bondad infinita, en el empeño relevante y plausible de despertar en la conciencia de sus semejantes los sentimientos de confraternidad humana como medio de lograr la felicidad colectiva en un medio social libre de egoísmos y prejuicios.



ANTIGA

Doctor Juan Antiga Escobar, notable homeópata cubano, políglota, diplomático y ex ministro del Trabajo, sobre cuya tumba en el Cementerio de Colón manos piadosas depositarán una trenza floral mañana, en el nuevo aniversario de su muerte.

Hombre que pudo ufanarse de sus trofeos intelectuales y de su ubi-

cación en las zonas más características de la cultura cubana y hasta de la gobernación del país en ocasiones como la del doctor Grau en que disfrutó jerarquía ministerial, prefirió, por sus profundas convicciones sociales y filosóficas, el sitio que siempre se tuvo ganado en el corazón y el pensamiento de los necesitados, acaso si porque en él mismo vibraba un testigo excepcional de las angustias y frustraciones dolorosas que son tragedia diaria en los planos humildes de la sociedad, donde él templó su niñez.

La gente del pueblo, con su maravillosa intuición, identificó al doctor Juan Antiga como uno de sus personeros más altruistas. Para nada hubiera querido el ilustre homeópata capitalizar ni servirse de las simpatías ilimitadas que podía contar en las clases humildes; porque ni siquiera quería para sí mismo, lo que le era legítimo y honesto, como el fruto jugoso de su propio trabajo que, por el contrario, él distribuía entre los necesitados.

Juan Antiga fue un alto exponente de lo mejor de la especie humana, dicho a despecho del tono ditirámico, Médico, políglota, diplomático, político; con vinculaciones suficientes para ascender al tope de la escala social y con las finas calidades de un hombre de bien, desconcertaba a sus presuntos causahabientes, con esas sorprendentes decisiones suyas, a veces transidas de bohemia y de elegante displicencia, que invariablemente desembocaban en actitudes dadivosas y esperadas por los que abajo, en el subsuelo social, rumian sus miserias a espalda de todo reflejo de caridad.

Y más que todos sus títulos y diplomas, genuinos y brillantes, Juan Antiga fue un gran humanista. Perteneció al grupo de los hombres que tenemos absoluta fe en la permanencia de los valores del espíritu. Creyó que ese cultivo abonaba — y así es, sin duda — el tereno humano sobre el que un día, que llegará, florecerá la simiente generosa de la verdadera confraternidad humana, que es la que se asentará sobre la

base inmovible de la justicia y equidad sociales.

Juan Antiga, cuya sonrisa era una bondasa invitación a la amistad, fue un gran corazón de cubano, cargado de generosidad y saturado de la más exquisita y depurada espiritualidad. Así llegó al corazón del pueblo, que lo adoró porque conoció sus virtudes excepcionales. Y así ganó también el respeto y consideraciones de la sociedad y dejó luminosa estela para los que habíamos de sucederle, pudiéramos guiarnos, en las tinieblas de las horas de confusión, hacia las soluciones más justas y hacia lo que más convenga a los intereses generales de la cubanía y la estabilidad de nuestras instituciones republicano-democráticas.

En este nuevo aniversario de su muerte, los que fueron sus discípulos sentirán sin duda las vibraciones de sus manes. Que el recuerdo de estos precursores nos fortifiquen en los instantes de dudas y nos vigoricen para continuar en el empeño, que nunca será baldío, de cultivar en el huerto de cada cubano, las semillas de confraternidad y justicia social que Juan Antiga regó a todo lo largo de su fecunda y provechosa existencia.

Será el mejor homenaje a su recuerdo.

París, jul 8/55